

Análisis del CURI

Los países latinoamericanos en la crisis económica global

Romeo Pérez Antón

***Consejo Uruguayo
para las Relaciones Internacionales***

11 de marzo de 2009

Análisis N° 01/09

El CURI mantiene una posición neutral e independiente respecto de las opiniones personales de sus Consejeros. El contenido y las opiniones de los “Estudios del CURI” y “Análisis del CURI” constituyen la opinión personal de sus autores.



LOS PAISES LATINOAMERICANOS EN LA CRISIS ECONOMICA GLOBAL

Romeo Pérez Antón

Los comportamientos políticos internacionales de los Estados de América Latina en la gestión de la grave crisis que afecta la economía globalizada merecen, en nuestra opinión, un análisis especial, distintivo, definitivamente tematizado en ellos. Esta afirmación requiere, de por sí, una somera advertencia justificativa, que en nuestra percepción remite a tres conjuntos de circunstancias.

1.- No existe, con pocas excepciones, un análisis con esas características. Casi todos los que se publican revisten un carácter económico, lo que resulta indudablemente admisible por la naturaleza de la crisis que se procura comprender. En ellos, sin embargo, se soslayan excesivamente las dimensiones políticas de la gestión que afronta los problemas acumulados. Esas dimensiones pasan a constituir meras cuestiones de aplicación de las directrices elaboradas en el marco de las ciencias y las experiencias de la Economía o surgen sólo como inquietas referencias a las posibles repercusiones de los procesos económico-financieros sobre la estabilidad de las instituciones del gobierno representativo democrático.

2.- El análisis particular de los desempeños políticos, con categorías predominantemente politológicas, es aún temprano y no podría arribar sino a percepciones y conclusiones preliminares o provisionales. Pero si lo acucian urgencias sociales, si los decisores lo requieren “para ayer”, porque sus responsabilidades les exigen acción inaplazable, aquel carácter de precoz y revisable no debería en absoluto llevar a evitarlo. Este carácter, por lo demás, no se limita al enfoque específico de los aspectos propiamente políticos: los abordajes de los aspectos económicos y financieros revisten, con alguna diferencia de grado quizás, las mismas calificaciones.

3.- Entendemos imprescindible tratar con detenimiento, dentro del análisis político, las conductas internacionales, proyectadas en espacios regidos por tratados de integración o en otros. En el caso de nuestro país, vale situarse en el horizonte latinoamericano, sin perjuicio de estudios circunscritos a subregiones y sin perjuicio de los imprescindibles exámenes de las formaciones y las relaciones globales. Un persistente discurso latinoamericanista, robustecido en estos meses de caída de demanda y reorientación de expectativas, puede representar un elemento de la crisis o, por lo contrario, de su superación, ya se quede en lo general y emocional, ya se

apoye también en nociones precisas, en modelos rigurosos, en diagnósticos competentes.

1.- Reivindicación de la libertad de palabra respecto a la crisis

Aunque pueda extrañar a más de un lector, comenzaremos por otro preliminar. Se puede, es legítimo, es de buen ciudadano (del mundo, que todos lo somos ya, y de nuestros respectivos Estados) hablar de la crisis económica global y de su posible evolución. Más aun, para ciudadanos que poseen ciertos saberes o se encuentran en ciertas posiciones de representación y toma de resoluciones, hablar de la crisis constituye un deber, moral y con frecuencia jurídico. Desalentar la información sistemática sobre los datos que perfilan la coyuntura, inducir a ocultarlos o a difundirlos sin articulación esclarecedora, limitar o descalificar las opiniones de especialistas o de dirigentes de organizaciones y movimientos significa atentar gravemente contra derechos políticos básicos y contra el sano proceso democrático.

El discurso de algunos, especialmente de algunos gobernantes, con mayor frecuencia en Latinoamérica que en otras áreas, se muestra en los últimos meses insólitamente condicionante de cuanto se dice sobre estos problemas. Se presiona a los comunicadores sociales y a los analistas para preservar el margen de aceptación que pueda conseguir la tesitura forzosamente optimista que mantienen esos gobernantes y quienes les hacen eco. Suelen aludir a determinadas expresiones de alarma, a previsiones de empeoramiento de las cosas, a advertencias o recomendaciones derivadas de un pronóstico negativo como manifestaciones tendenciosas, afectadas por intereses políticos mezquinos. Hemos escuchado hasta el hartazgo el dicitario de “agorero”. Como niños con juguete nuevo, algunos dirigentes denuncian a cada rato la formulación de “profecías autocumplidas”, noción que probablemente no comprendan y que, en todo caso, resulta grotescamente desproporcionada en relación con el proceso que afrontamos. Las rupturas y los derrumbes financieros y económicos a que asistimos no surgieron ni se han acentuado por causa de opiniones alarmistas, percepciones dogmáticas o juegos electorales.

Hablar, y en plena libertad, de la crisis es un derecho irrenunciable. Y eso basta para tachar aquellas presiones de ilegítimas. Pero hablar libremente de estos asuntos es, además, una precondition de la búsqueda mínimamente plausible de los atenuantes, los remedios y las vías de superación. Ello ocurriría en otras circunstancias y acerca de otros desafíos pero ocurre con particular trascendencia en el contexto en que nos hallamos: aunque se sabe que la primera estructura en caer fue la del sector de los bancos de inversión estadounidenses, no hay por ahora un modelo ampliamente admitido que explique cómo esa defección contagió tan rápidamente al resto de las entidades financieras de Estados Unidos, al comercio internacional, a las expectativas de los consumidores en todo el mundo, a las estimaciones de los empresarios, a todos los mercados de trabajo. La ausencia de aquel modelo implica, decisivamente, que no se conoce el alcance actual preciso y las evoluciones probables de las tendencias recesivas desbordadas.

En estas condiciones, los gobernantes nacionales deberían reclamar antes que nadie la consideración profunda de las tendencias económico-sociales, la confrontación permanente de categorías de análisis y de conclusiones generales o particulares. Ellos son, en definitiva, los que menos pueden postergar intervenciones, posicionamientos, directrices; mientras los círculos académicos y aun los organismos internacionales pueden llamarse a silencio por cierto tiempo (y en silencio están, clamorosamente), los gobiernos y los partidos no disponen de la alternativa de “desensillar hasta que

aclare”. Tienen que pronunciarse y decidir, aunque los rodeen las incógnitas y las perplejidades: radica aquí uno de los rasgos estructurales de los oficios del político. No les es, entonces, reprochable que marchen a tuestas y que adopten medidas vacilantes. Es en cambio reprochable que intenten cercenar la discusión y la difusión de informaciones, siempre escasas en estos procesos.

2.- La pauta de consultas y reuniones globales y regionales

El tratamiento transnacional de la crisis, cuyas proporciones planetarias no tardaron en manifestarse y eran claras ya en octubre o noviembre del año pasado (entre los restos de las teorías del desacople y de las nuevas locomotoras mundiales), ha mostrado innegablemente morosidad y pusilanimidad. Los Estados de nuestra América han incurrido en esas fallas pero no más que casi todos los otros, comenzando por los más influyentes, como Estados Unidos, Europa occidental, Japón, China, India, Rusia.

En lo global, el Fondo Monetario y el Banco Mundial se limitan a publicar, rutinariamente, tímidas anticipaciones de tasas de crecimiento o decrecimiento; la Organización Mundial del Comercio no arriesga, que sepamos, un solo análisis de la rica masa de información que posee; las Naciones Unidas se hacen las distraídas, pese a sus costosísimas burocracias y pese a que sus finalidades no se reducen a la seguridad sino que recaen con igual importancia en el desarrollo y el bienestar. Los mercados mundiales resultan objeto de seguimiento y pronóstico, no más, de parte de consultores especializados o de agentes que participan en ellos y vierten ocasionalmente impresiones o primeras reacciones (con lo que cumplen todas las exigencias de su función, debe reconocerse).

El Grupo de los Ocho, que muchos pensaron como el sustituto ilustrado y ejecutivo de todas esas complejas instituciones más representativas, no ha podido concertar una sola decisión a la altura de los desafíos de la coyuntura. Junto con inconvincentes apelaciones a eludir la tentación proteccionista, sólo ha atinado a convertirse en Grupo de los Veinte, en algo que se parece mucho a una fuga o a un desmelenado mutis por el foro de un actor incapaz de continuar representando su papel. Los comienzos del nuevo Grupo, sin embargo, no lucen auspiciosos. Ni gravita más que su antecesor, ni se insinúa más lúcido o efectivamente imbuido de la responsabilidad de un conductor *global*. Cabe no obstante mantenerle un crédito hasta su próxima reunión, en los primeros días de abril.

Ausentes los foros y líderes multilaterales de influencia planetaria, proliferan los contactos bilaterales, o poco más, que intentan salvar distancias geográficas o de desarrollo. La labor cotidiana de las diplomacias económicas, especialmente comerciales, parece haber montado a niveles de intensidad excepcionales. Y no hay por qué descreer absolutamente de sus logros, tanto respecto de la prevención del peor proteccionismo como respecto de la preservación, al menos temporaria, de algunas corrientes de intercambio de bienes y servicios, inclusive de inversión y asociación emprendedora. Estimamos que en este orden de gestiones, relevante aunque sin dudas modestas en sus propósitos, los países latinoamericanos no han reaccionado tarde pero se encuentran bloqueados por el escaso desenvolvimiento de sus recursos de diplomacia financiera, económica y comercial. Quizás Chile, excepción regional en cuanto a ese retraso, pueda obtener éxitos más apreciables que los del resto.

En lo que atañe a las integraciones del mundo entero, la presente crisis ha producido fenómenos inquietantes. Sólo referiremos ahora a dos de ellas: la paradigmática, la

única sorprendentemente avanzada y fructífera, la Unión Europea, por una parte, y la que involucra más seriamente al Uruguay, el MERCOSUR.

Escuchamos hace pocos días a una figura europea, Felipe González, afirmar que “Europa está enfrentado desunida la recesión económica mundial”. Síntesis irrefutable de toda la información disponible. Información que, significativamente, se estructura mediante alusiones a medidas y políticas nacionales y no de la integración. Vamos siguiendo, así, los planes de asistencia sectorial y reactivación de Alemania, Francia, Gran Bretaña, etc. Las citas europeas fracasan o, en el mejor de los casos, fijan reglas mínimas para una cohabitación de puercoespines.

No faltan las amenazas de abandono de la zona euro, por más que según todas las circunstancias indican se trata de demagogia para consumo en las políticas domésticas. Tampoco faltan, en sentido opuesto, algunas medidas de la Unión en respaldo de las economías más frágiles entre las que la componen. Pero eso no constituye, ni por asomo, una gestión integrada de la crisis global.

Ninguna integración en ninguna parte supera el desempeño europeo, como era de esperarse. Las de América Latina, en particular, no alcanzan siquiera actuaciones que las ciudadanía hubieran podido exigir según los antecedentes de esos mismos procesos. Pese a que no es un esquema de integración, la CEPAL, tan unida a ellos, podría haber ambientado ya alguna conferencia esclarecedora, de convocatoria latinoamericana, o podría haber emitido algún documento técnico-político preliminar pero orientador. Los gobiernos del área deberían reclamar actividad de esa índole, habida cuenta de que la ONU está administrada, jurídicamente, por las representaciones de sus Estados miembros y no por sus formidables burocracias.

El MERCOSUR ofrece, desatadas ya las evoluciones recesivas, un espectáculo deplorable. Con lo que puede simplemente hallarse padeciendo los resultados de sus propios errores, de las restricciones que le impusieron desde diez años a esta parte sus Estados componentes (mal disimuladas por una retórica vacua de expansión y profundización), de los incumplimientos cruzados de los pactos que establecieron en su ámbito una Zona de Libre Comercio, imperfecta pero efectiva.

Todo es bilateralismo, hoy en día, en el MERCOSUR. Encuentros o conversaciones telefónicas de presidentes o de ministros, a veces de altos administradores públicos, motivados por los reflejos proteccionistas que han suscitado los primeros golpes de la situación mundial. Y como consecuencia de esas tratativas, arreglos demasiado puntuales, como se dice ahora, marcados mucho más por la insuficiencia que por lo concreto y operativo. Como ciudadanos adheridos aún a la castigada tradición mercosuriana, echamos de menos algún pronunciamiento del Consejo, en reunión extraordinaria convocada para acercar las visiones gubernamentales de la crisis; o quizás un documento de análisis elaborado por la Secretaría, en perspectiva del MERCOSUR, acerca de la coyuntura económica global; o un flujo no necesariamente caudaloso de resoluciones de gestión de la crisis emanadas del Grupo Mercado Común. ¿Y por qué no un buen debate en el Foro Consultivo Económico-Social, sobre prevención de posibles efectos laborales y sociales de las caídas de los mercados, debate que redunde en directrices inspiradas en líneas de cooperación mercosurianas? ¿Nada tiene que señalar, advertir o dirimir la Comisión de Comercio, en la presente coyuntura? ¿Y el llamado Parlamento de esta integración? Algo, acaso mucho podrían aportar los actores que no son intergubernamentales ni constituyen órganos del MERCOSUR, como el Consejo Empresarial o la Coordinadora de Centrales Sindicales. No se han levantado estas voces y podemos legítimamente lamentarlo.

3.- Presencia o ausencia de América Latina en los acuerdos globales

No obstante la dificultad de pronosticar el desenvolvimiento de las gravísimas dificultades del crédito y el comercio internacionales, los analistas descartan ya la hipótesis de pronta recuperación, de rápido rebote de la tendencia. En el supuesto, entonces, de una problemática tenaz y no bien conocida (no hay que soslayar la circunstancia de que los espectaculares paquetes multimillonarios de estímulo aplicados por los gobiernos de Estados Unidos, Europa, Japón y China han fracasado rotundamente, por el momento), es obvio que alguna modalidad de gestión prevalecerá sobre las otras, tendrá una eficacia un poco mayor, alcanzará en cierta medida sus objetivos. Nos inclinamos a pensar que la modalidad predominante consistirá en políticas macroeconómicas y patrones bancocentralistas de carácter nacional, vale decir, provenientes de esos Estados-naciones históricamente debilitados y titulares de una soberanía perforada por múltiples sesgos. De donde cabe extender fácilmente la previsión hasta algunas de las pautas de esa gestión, resumibles en la noción de proteccionismo. Visualizamos pues una etapa de crecientes trabas al comercio y las migraciones, entre las tensiones diplomáticas consiguientes, de las que no quedarán exentas las áreas en integración.

Hay sin embargo débiles expectativas en contrario, limitadas actualmente al flamante Grupo de los Veinte. Se supone que concurren en él Estados provistos de gran capacidad de liderazgo, influyentes además en diversas regiones y en muy diferentes categorías de países. Tal como se halla compuesto, el G-20 podría conducir, si logra consensuar significativamente, no sólo a los más desarrollados sino también a los pobres y a los que alcanzan niveles intermedios.

América Latina se encuentra representada (¿?) en el nuevo Grupo, una novedad de bastante relieve ya que no lo estaba en el G-8 ni análogos y solamente México forma parte de la OCDE. El criterio implícito en la reciente convocatoria es tosco: se incorporaron los tres grandes de la región, pero grandes en el sentido de geográficamente extensos (ni siquiera son los mayores demográficamente, porque Colombia supera holgadamente a Argentina, según este último factor). No es ésta, creemos, una observación majadera, porque se vincula justamente a la mencionada capacidad de influencia, sin la cual el Grupo de los Veinte nada podrá contra la crisis. ¿Es Argentina hoy un Estado influyente en América Latina? ¿Más que Chile, en materia económica y comercial? Y más allá todavía: ¿en qué medida lideran Brasil y México subconjuntos amplios de nuestra América, pues obviamente ninguno de los dos conduce a toda la región?

La presencia efectiva de Latinoamérica en el G-20 depende de que Brasil, México y Argentina *promuevan y no den por supuesto* un acuerdo regional, aunque recaiga sólo sobre algunos puntos esenciales. Esa promoción, esa elaboración requiere una intensa diplomacia específica y algún encuentro o conferencia de alcance general. Requiere, indispensablemente, la obtención de percepciones comunes de los tres países que se han sumado al Grupo. Cualquier repetición de las discrepancias que ya mostraron los latinoamericanos en la anterior reunión del G-20 los marginará en el seno de éste y reducirá al mínimo las probabilidades de que el resto de América Latina secunde lo que ellos comprometan.

Por lo que sabemos, ninguna de estas precondiciones de éxito de la participación de los latinoamericanos en el único centro posible de gestión global de la crisis se ha cumplido. Ignoramos que se desenvuelva aquella diplomacia de construcción de consenso, no se ha convocado ningún encuentro de habilitación sustantiva de la representación asignada a Brasil, México y Argentina, las posiciones de éstos, por último, no han sido trabajadas en dirección a la coincidencia y el afinamiento.

Siempre cabe que, bajo un manto de discreción, se haya avanzado más de lo que los ciudadanos interesados, pero sin responsabilidades en estas funciones, conocemos. Deseamos fervientemente que así suceda. Porque poco, muy poco de positivo puede esperarse, para nosotros los latinoamericanos, de una reacción signada por el bilateralismo y el proteccionismo frente a la grave evolución que ha tomado la economía mundial.

Montevideo, 11 de marzo de 2009

Consejo Uruguayo para las Relaciones Internacionales